

Capitalismo de guerra y violencia multidimensional en México: una problematización sobre la (in)seguridad

War Capitalism and Multidimensional Violence in Mexico: A Problematization of (In)security

María José Rodríguez Rejas¹

Resumen

Se abordan las violencias y sus costos humanos en el ciclo neoliberal en México, poniendo énfasis en la multidimensionalidad de sus expresiones. El análisis de sus impactos y su magnitud nos lleva a reflexionar sobre la violencia de guerra, siendo el objetivo construir una categoría de análisis para nombrar al neoliberalismo como capitalismo de guerra. Esta categoría nos permite visibilizar y problematizar los impactos de la violencia sistémica (económica, social e ideológico-cultural) con el fin de comprender la crueldad de un tipo de capitalismo que asume la prescindibilidad de la vida como parte de su racionalidad. Se recurrió al diagnóstico social como metodología de investigación para identificar los costos humanos de las violencias, consultando bases de datos institucionales sobre las variables de pobreza, desigualdad, accidentes laborales, ingreso y capacidad adquisitiva, mortalidad infantil, enfermedades crónicas, suicidio y violencia armada. Las categorías de sufrimiento social, violencia y situación de guerra, constituyen el marco teórico-analítico. Los resultados revelan la magnitud y crueldad de la violencia sistémica en relación con la violencia armada. El artículo concluye con la producción de la categoría de capitalismo de guerra y sitúa la reflexión sobre la (in)seguridad en el campo de lo social.

Palabras clave: Neoliberalismo, capitalismo de guerra, costos humanos, violencia, México.

Abstract

The article addresses violence and its human costs within the neoliberal cycle in Mexico, emphasizing the multidimensionality of its expressions. The analysis of its impacts and magnitude leads us to reflect on the war violence, with the objective of constructing an analytical category to name neoliberalism as war capitalism. This category allows us to visualize and problematize the impacts of systemic violence (economic, social, and ideological-cultural) in order to understand the cruelty of a type of capitalism that assumes the dispensability of life as part of its rationale. A social diagnosis was used as a research methodology to identify the human costs of violence, consulting institutional databases on variables such as poverty, inequality, workplace accidents, income and purchasing power, infant mortality, chronic diseases, suicide, and armed violence. The categories of social suffering, violence, and war situation constitute the theoretical and analytical framework. The results reveal the magnitude and cruelty of systemic violence in relation to armed violence. The article concludes with the production of the category of war capitalism and places the reflection on (in)security in the social field.

Keywords: Neo-liberalism, war capitalism, human costs, violence, Mexico.

Enviado 01 / 05 / 2025
Aceptado 06 / 10 / 2025

¹ Universidad Autónoma de la Ciudad de México, maria.jose.rodriguez@uacm.edu.mx
ORCID: 0000-0001-9265-8317

Impactos del capitalismo de guerra en México: de la caracterización a la reflexión sobre la categoría de (in)seguridad. Ejes para el debate

Costos humanos y sufrimiento social en una guerra invisibilizada

Queremos llamar la atención sobre los costos humanos generados por el neoliberalismo, entendido no solo como patrón de acumulación sino como proyecto de refundación social (Harvey, 2005 y 2007; Bourdieu, 1998), que nació hace casi cuatro décadas, teniendo como eje organizador el saqueo y despojo de los territorios y de los cuerpos, con el fin de relanzar las tasas de ganancia. Tuvo como uno de sus objetivos iniciales la destrucción del Estado social, asumiendo como principio-eje la prescindibilidad de la vida (Therborn, 2015; Bauman, 2011). La hipótesis en la que descansa este trabajo es que el orden social neoliberal opera como violencia de amplio espectro (económica, social e ideológico-cultural), como violencia sistémica, adquiriendo formas y magnitudes propias de una “situación de guerra”, que han dejado a su paso una estela de destrucción y sufrimiento, en gran medida normalizada e invisibilizada. El objetivo es construir una categoría de análisis que explique la lógica de crueldad que caracteriza al neoliberalismo, a partir del análisis de sus impactos y su magnitud, entendiéndola y nombrándola como “capitalismo de guerra”. Esta categoría nos permitirá visibilizar y develar la lógica de crueldad, propia de una situación de guerra, con que ha operado en el capitalismo, en su fase neoliberal.

Queremos poner de manifiesto que, si la violencia armada dejó un rastro de destrucción y muerte, cuya magnitud y formas son atroces, los impactos de la violencia económica, social e ideológico-cultural no son menores, revelando una trayectoria de crueldad y sufrimiento invisibilizada y normalizada. Después, pasamos a problematizar los hallazgos del diagnóstico a partir de dos hipótesis: a) la magnitud y dimensiones de la violencia asociada a la desigualdad, es propia de una situación de guerra; b) el campo de condiciones de la violencia desbordada (social, económica e ideológico-cultural) responde a una lógica de prescindibilidad de la vida, en particular de los más pobres. Recuperamos también las nuevas concepciones de la guerra para entender esas tramas de la violencia sistémica. Cerramos el trabajo con la propuesta de la categoría de “capitalismo de guerra”, para nombrar la complejidad de esta experiencia.

Nos basamos en los aportes de sociología y antropología sobre la categoría de sufrimiento social para el diseño metodológico y la proble-

matización de los hallazgos. Entendemos el sufrimiento como una construcción social gestionada desde el poder, que tiene profundos impactos en la vida de las personas,

...un conjunto de problemas humanos que tienen su origen y consecuencias en los devastadores daños que la fuerza social puede infligir a la experiencia humana... resulta de lo que el poder político, económico e institucional le hace a la gente y, recíprocamente, de cómo estas formas de poder influyen en las respuestas a los problemas sociales. Forman parte de la categoría de sufrimiento social condiciones que generalmente se dividen en campos separados, condiciones que involucran simultáneamente cuestiones de salud, bienestar, legales, morales y religiosas (Kleinman *et al.*, 1997, p. IX).

El sufrimiento social es una categoría de análisis que, de acuerdo con Das (1997), es imprescindible para comprender la complejidad de la violencia desde una perspectiva social; es decir, no se trata sólo de una perspectiva moral. Recuperamos también el análisis de Therborn (2015) sobre la letalidad de la desigualdad, que documenta a nivel global y que caracteriza como un campo de exterminio. En este mismo sentido, retomamos también la problematización y análisis de Gans (1995) sobre la pobreza y sus impactos letales, que le llevan a denominar la situación como una “guerra contra los pobres”:

[es] una guerra librada con una variedad de armas como la retención de oportunidades de trabajo decentes, escuelas, vivienda y las necesidades requeridas... A veces es también una guerra asesina, pero más a menudo, la guerra mata el espíritu y la moral de la gente pobre, y aparte de eso se suma a las miserias que resultan de la carencia de dinero (p.1).

Entendemos la violencia como una construcción social que adquiere sentido y significado en el campo social específico en que se (re)producen estas prácticas (Blair, 2009). Es una relación de poder, no sólo de fuerza física; un ejercicio de presión para obtener lo que otro no daría libremente de carácter multidimensional (violencia armada, económica, social, psicológica, simbólica, política). También asumimos con Castro (2006) y Franco (2009) que las dimensiones de la violencia económica, social e ideológico cultural siempre preceden a la violencia armada, aunque ésta sea la más visibilizada.

Desde este enfoque, la “crisis de seguridad” que se identifica mayoritariamente con la violencia armada, tanto desde las instituciones como desde la academia, va mucho más allá y su comprensión requiere (así

como las propuestas de solución) recuperar la multidimensionalidad de la violencia que ha vivido la población, así como su historicidad. El corte temporal, desde esta perspectiva, hay que inscribirlo a inicios de los ochenta con la puesta en marcha de las políticas neoliberales en el país, desde el inicio del ciclo neoliberal.

La pregunta central que nos planteamos fue: ¿a cuánto asciende la estela de muerte y destrucción de la violencia no armada en la sociedad neoliberal?

Para ello, se recurrió al diagnóstico social como metodología de investigación (Ornelas *et al.*, 2019; Cury y Arias, 2016) el cual caracteriza y problematiza la realidad social al tiempo que establece la necesidad de construir y/o recuperar datos; fundamenta lo que acontece en esa realidad, cómo se expresa y en qué magnitud. En tanto entendemos la vida como una unidad integral, física y psicosocial, apoyados en la categoría de sufrimiento social y violencia multidimensional, establecimos como indicadores aquellas variables que nos permitieran dar cuenta de los impactos sobre la violencia económica, social, psicosocial y armada, es decir, tanto la violencia ejercida sobre el cuerpo como sobre el cuerpo-mente. Se recurrió a búsqueda de datos institucionales nacionales ya que permiten dar cuenta del fenómeno, a nivel nacional, y tienen un alto nivel de confiabilidad y rigor, además de permitirnos dar seguimiento temporal del fenómeno. Las fuentes de documentación e información consultadas fueron las bases de datos del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE), la Encuesta Nacional de Salud y Nutrición (ENSANUT), el Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (CONEVAL), el Observatorio Nacional de Inequidades en Salud (ONIS), así como los informes institucionales de la Secretaría de Salud, las Memorias estadísticas anuales del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS), el Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública (SESNSP), y los informes anuales de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), la Organización Internacional del Trabajo (OIT), el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).

Se recuperaron datos y sus series en torno a la desigualdad, pobreza, condiciones laborales, ingreso, alimentación, salud y mortalidad. En relación con la hipótesis, se estableció la pertinencia de los siguientes indicadores, con las dimensiones señaladas: mortalidad por violencia armada, índice de Gini, pobreza y extrema pobreza, nivel de ingreso y

capacidad adquisitiva, accidentes y muertes laborales, mortalidad por enfermedades crónicas, mortalidad infantil y suicidio. La ordenación y organización de los datos se realizó a partir del criterio sobre tipo de impacto, que se plasmaron en la elaboración de tablas (algunas gráficas han sido tomadas directamente de los informes, como se indica en cada caso, en tanto la organización de los datos era suficientemente clarificadora).

El rastreo de la información tuvo como punto inicial, en consonancia con el inicio del ciclo neoliberal, la década de los ochenta. Sin embargo, en algunos casos, como se aprecia en las tablas, la discontinuidad en la seriación de las bases de datos fue a partir de la década de los noventa. Por otra parte, una limitación de los datos es que responden a una perspectiva institucional y, por tanto, no parten de una unidad integral de la vida de las personas ni han sido contruidos para analizar cómo son afectadas por el orden social imperante. Como señalan Bazzano y Montero (2016), "los datos secundarios se caracterizan por no haber sido elaborado para responder a los propósitos específicos de nuestro trabajo" sino que corresponden al registro de una observación realizada en un contexto de producción diferente (p.6). Es decir, en su construcción no incorporan un nivel de articulación entre ellos, de manera que no se puede establecer una correlación directa entre las prácticas y políticas neoliberales y el sufrimiento social que generan, como una expresión de la violencia. Cada base de datos o informe se aboca a su ámbito institucional y no realiza un cruce problematizador con otras variables (p.e. los datos sobre condiciones laborales no se cruzan con los datos de alimentación, o muertes laborales y estrés, o padecimientos psicosociales, etc.). Sin embargo, esto no impide que en nuestro análisis construyamos inferencias lógicas para realizar dicha articulación, ubicándolos en su contexto y reconstruyendo su trayectoria en el tiempo, en relación con nuestra hipótesis; más aún, considerando que estos datos institucionales son la principal fuente de información a nivel nacional.

Se dejaron fuera datos relativos a series de razón de mortalidad materna, años de vida perdidos, ingreso y pobreza en jóvenes, desempleo, pensiones, entre otros, por razones tanto de extensión como de saturación, con relación a los datos correspondientes a las variables seleccionadas.

Para el análisis de los datos, nos apoyamos en tratamiento de datos secundarios de García-Faroldi (2018) y de Canales Cerón (2006), así como en los lineamientos de Angell y Freedman (1992) y de Bazzano

y Montera (2016). De ahí que abordemos a continuación la descripción de los datos para pasar posteriormente al análisis, estableciendo las conexiones y articulaciones entre los mismos en relación con la hipótesis de partida. La significación e interpretación de los datos descritos se inscribe en el contexto social y las categorías de análisis presentadas en esta introducción.

Violencia armada y violencias de la desigualdad

Las cifras de la violencia explícita asociada a los actores armados, legales e ilegales, adquirieron dimensiones propias de una guerra. 936,020 personas fueron asesinadas entre 1990-2018, como podemos ver en la tabla 1. También podemos constatar que, aunque hay un crecimiento exponencial a partir de la llamada “guerra contra el narcotráfico” de Calderón, la violencia armada estaba presente mucho antes, ya que entre 1990-1996 fueron asesinadas 108,311 personas.

Este es el resultado de una política de seguridad punitiva para enfrentar la inseguridad pública, y en particular el narcotráfico, así como la permisión del contrabando y distribución de armas, la mayor parte procedentes de EU. La violencia armada pasó incluso a ser una respuesta en los conflictos sociales, penetrando la cultura de vida cotidiana. Entre 1995 y 2018 desaparecieron 62,857 personas.

Las cifras superan, con creces, las de las dictaduras en los países del Cono Sur. El deterioro del tejido social, resultado de la destrucción de políticas redistributivas, define el contexto de exclusión en el que se producen estas muertes (véase la gráfica 1).

A ello hay que agregar los impactos de la violencia socioeconómica y psicosocial, que son igualmente letales pero normalizados. Como señala Therborn (2015), la desigualdad mata, en diversas formas y en una magnitud insospechada, que es necesario visibilizar:

...es un campo de exterminio en el que sucumben millones de personas... toma muchas formas y surte muchos efectos: muerte prematura, mala salud, sujeción, discriminación, exclusión del conocimiento o de la vida social predominante, pobreza, impotencia, estrés, inseguridad, angustia, falta de orgullo propio y de confianza en uno mismo, sustracción de oportunidades y de chances vitales (p. 9).

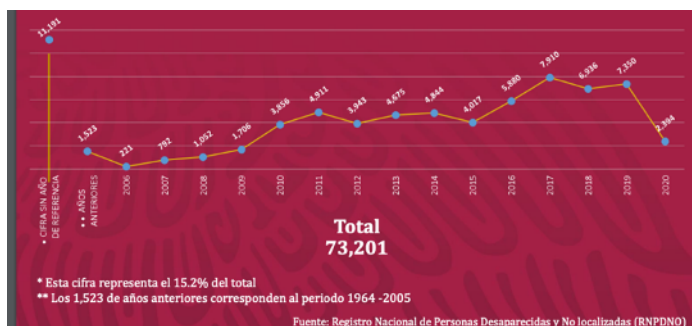
Tabla 1. Violencia armada. Homicidios y feminicidios (1990-2018)

Periodo	Homicidios INEGI	Homicidios (SESNSP)	Feminicidios
1990	14,493	s.d.	
1991	15,128	s.d.	
1992	16,594	s.d.	
1993	16,040	s.d.	
1994	15,939	s.d.	
1995	15,612	s.d.	
1996	14,505	s.d.	
1997	13,552	35,341	
1998	13,656	34,444	
1999	12,249	33,242	
2000	10,737	31,982	
2001	10,285	31,185	
2002	10,088	29,144	
2003	10,087	28,330	
2004	9,329	26,530	
2005	9,921	25,771	
2006	10,452	27,552	
2007	8,867	25,133	
2008	14,006	27,759	
2009	19,803	31,546	
2010	25,757	35,056	
2011	27,213	37,406	
2012	25,967	37,849	
2013	23,063	34,576	
2014	20,010	35,957	
2015	20,762	34,849	426*
2016	24,559	39,606	645
2017	32,079	46,847	765
2018	36,685	51,082	912
2019	36,661	52,379	960
2020 (ene-julio)	s.d.	29,869	566
Total	534,099	823,435	4,274

Nota: Los datos sobre feminicidios no aparecen especificados hasta 2015.

Fuente: Elaboración propia a partir de los Informes anuales del SESNSP "Víctimas de delitos del fuero común" (2001 a 2018); Informes anuales del SESNSP "Incidencia delictiva del fuero común" (1997 a 2014), de los cuales se dejó fuera la categoría "total de muertes no delictivas"; y datos de "Defunciones por homicidios" del Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI) (1990 a 2018).

Gráfica 1. Personas reportadas como desaparecidas o no localizadas, de los años 60 al 13 de julio de 2020



Fuente: Comisión Nacional de Búsqueda (2020).

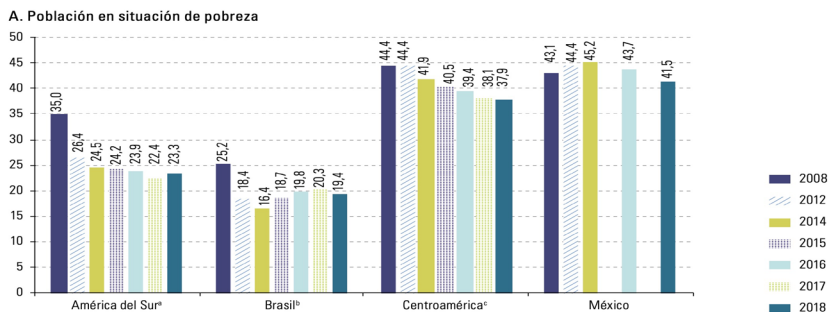
Según Boltvinik y Damián (2016), aplicando el Método Integral para la Medición de la Pobreza, 76.7% de la población se encontraba en esta situación² a lo largo del ciclo neoliberal (8 de cada 10 mexicanos estaban en situación de pobreza y de vulnerabilidad y solo 20% vivía sin necesidades). Los datos del CONEVAL (2018) confirman que 21.9% de la población no es pobre y no tiene “vulnerabilidades”.

No es casualidad que México haya ocupado las primeras posiciones en niveles de pobreza en América Latina, muy por encima del promedio regional y en posiciones próximas a Honduras y Guatemala, países con escasos recursos (CEPAL, 2018; CEPAL, 2019a; CEPAL, 2019b). La gráfica 2 es representativa, al respecto. Este país que es la 15ª economía del planeta y la 2ª de América Latina es, al mismo tiempo, uno de los países con mayor nivel de desigualdad en la región, que a su vez es la segunda región más desigual del mundo (Esquivel, 2015). Todo ello se traduce en impactos en la esperanza de vida, niveles de enfermedad, mortandad prematura, estrés y depresión.

México ocupa el 2º lugar de América Latina en cuanto a desigualdad por ingreso. Como podemos apreciar en la gráfica 3, el salario mínimo real —ya de por sí insuficiente (Moreno *et al.*, 2014)— presenta una tendencia regresiva constante desde 1976 y su estancamiento, considerando factores como inflación y devaluación, conlleva una pérdida de poder adquisitivo permanente, disminuyendo las condiciones de vida favorables.

² Boltvinik y Damián denunciaron reiteradamente el sub-conteo en el cierre del gobierno de Peña Nieto. El impacto de la maniobra metodológica, que rompió la secuencia histórica, habría sido tal que afirman: “la cifra real de personas en pobreza ‘la ignoramos completamente’” (Sin embargo, 5 de septiembre, 2017).

Gráfica 2. América Latina (17 países): tasas de pobreza y pobreza extrema por países y subregiones, 2008-2018



Fuente: Panorama social de América Latina 2019 (CEPAL, 2019).

En relación con el resto de América Latina, México es de los pocos países donde el salario real decreció en 2018 (-1.7%), como se ve en la gráfica 4, situación equivalente a la de Guatemala (-1.9%) y Trinidad y Tobago (-1.9%) y estuvo por debajo de El Salvador y Honduras (OIT, 2019).

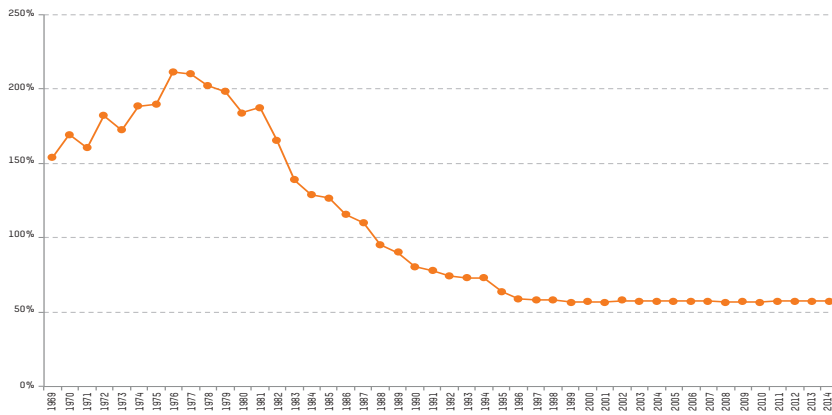
El ingreso de un trabajador define la calidad de su alimentación, el acceso a medicamentos, a educación y su expectativa de vida, entre otros factores. El reflejo de la precarización y empobrecimiento de la clase trabajadora se evidencia en los datos de la ENOE. Como podemos ver en la tabla 2, en 2018 la población que percibe de cero hasta cinco salarios mínimos es el 81.12%, porcentaje que no dejó de aumentar en relación con los años anteriores e, incluso, siguió aumentando en 2019.

La violenta tendencia pauperizadora se constata en el aumento de quienes cobran hasta dos salarios mínimos, mientras se reduce de manera importante el número de personas que perciben entre tres y cinco; solo 4.53% de la población percibe más de cinco salarios mínimos en 2018, mientras se estima que son necesarios al menos cinco salarios para adquirir la canasta básica.

El propio CONEVAL (2017), reconoce que

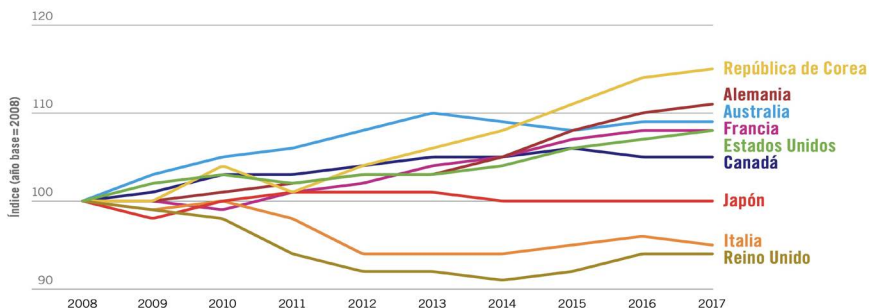
las canastas básicas (alimentarias y no alimentarias) no son un consumo para una 'vida adecuada' sino los 'umbrales mínimos de gasto promedio' y de ahí determinar porcentajes de pobreza... Lo que no se debe hacer, es tomar estos rubros particulares, y menos a nivel diario, para determinar que son consumos adecuados y mucho menos dignos para una persona en particular (pp.2-3).

Gráfica 3. Salario mínimo real en México, 1969-2014
(pesos de 2011 por jornada)



Fuente: Esquivel (2015).

Gráfica 4. Índice promedio de los salarios reales en países emergente del G-20, 2008-2017



Fuente: Estimaciones de la Organización Internacional del Trabajo (OIT).

El Centro de Análisis Multidisciplinario CAM (2018) señala que:

Dentro de la precarización de las condiciones de vida de los trabajadores está el hecho de que cada vez hay menos tiempo para realizar otras actividades que no sean trabajar para apenas conseguir lo indispensable para vivir... en 1987 eran necesarias 4 horas y 53 minutos para adquirirla [la canasta alimenticia recomendable], le restaban al trabajador 19 horas y 7 minutos para transportarse, comer, asearse, convivir con su familia, salir a pasear, dormir, etcétera... Al 26 de octubre de 2017 el tiempo de trabajo necesario para comprar la CAR ha sobrepasado un día completo llegando por primera vez a las ¡24 horas con 31 minutos! (s/p).

Tabla 2. Población ocupada según nivel de ingresos

Periodo	Total	Sin remuneración	Hasta un salario mínimo	Más de 1 y hasta 2 salarios mínimos	Más de 2 y hasta 3 salarios mínimos	Más de 3 y hasta 5 salarios mínimos	Más de 5 salarios mínimos						
		% sobre el total	% sobre el total	% sobre el total	% sobre el total	% sobre el total	% sobre el total						
2005	42,863,703	3,879,128	9.04	5,870,632	13.69	9,325,572	21.75	8,522,318	19.88	8,264,459	19.28	4,723,127	11.01
2006	43,942,607	3,833,005	8.72	5,723,863	13.02	8,997,897	20.47	9,601,814	21.85	7,962,929	18.12	5,236,982	11.91
2007	45,246,080	4,012,908	8.87	5,745,988	12.70	9,127,814	20.17	9,565,664	21.14	8,492,588	18.77	5,184,608	11.46
2008	44,798,686	3,837,959	8.57	5,330,495	11.90	8,947,056	19.97	10,497,325	23.43	7,576,296	16.91	4,928,448	11.00
2009	46,343,704	4,053,704	8.75	6,263,829	13.52	10,488,244	22.63	9,301,490	20.76	7,868,926	16.98	4,291,405	9.26
2010	45,911,934	3,890,067	8.47	5,761,151	12.55	10,485,685	22.84	9,812,781	21.37	7,993,523	17.41	3,894,394	8.48
2011	47,495,234	3,959,893	8.34	6,221,889	13.10	10,653,992	22.43	9,929,737	20.91	7,628,306	16.06	3,981,756	8.38
2012	47,994,737	3,884,699	8.09	6,242,702	13.00	11,032,576	22.99	10,560,665	22.00	7,298,839	15.21	3,876,532	8.07
2013	49,118,670	3,809,084	7.75	6,665,734	13.57	11,474,414	23.36	10,272,644	20.91	7,792,789	15.86	3,615,968	7.36
2014	49,026,174	3,585,837	7.31	6,572,336	13.40	11,806,172	24.08	10,928,748	22.29	7,119,773	14.52	3,240,447	6.61
2015	50,793,533	3,531,685	6.95	7,453,089	14.67	12,427,523	24.47	10,795,536	21.25	7,362,521	14.49	3,221,129	6.34
2016	51,414,185	3,377,925	6.57	7,315,790	14.22	13,343,790	25.95	11,096,375	21.58	6,810,099	13.24	3,137,306	6.10
2017	52,865,845	3,421,033	6.47	7,926,332	14.99	14,215,650	26.89	10,531,765	19.92	6,695,812	12.66	2,429,320	4.59
2018	54,194,608	3,344,211	6.17	8,663,936	15.98	15,038,091	27.75	10,001,777	18.45	6,921,736	12.77	2,456,938	4.53

Fuente : Elaboración propia a partir de INEGI y ENOE, 2017, 2018. Indicadores estratégicos. Datos del 4º trimestre, <https://www.inegi.org.mx/app/tabulados/default.html?nc 602> y https://www.inegi.org.mx/sistemas/olap/consulta/general_ver4/MDXQueryDatos_colores.asp?#Regreso&c=

Y agrega: “La pérdida acumulada del poder adquisitivo en treinta años, del 16 de diciembre de 1987 al 26 de octubre del 2017, es del 80.08%”. Estos datos son también la constatación del nuevo hecho que inauguró el neoliberalismo; se puede tener trabajo, incluso más de un trabajo, y seguir siendo pobre. No es de extrañar que en 2018 el 51.1% de la población padeciera inseguridad alimentaria en el medio urbano y 69.1% en el medio rural; un indicador que no ha dejado de aumentar si consideramos que en 2012 afectaba al 41% de la población (CONEVAL, 2015; ENSANUT, 2018).

Los impactos son aún más dramáticos entre la población anciana, en una sociedad que envejece. Solamente 25.2% de quienes tienen 65 años recibía una pensión en 2018, cuyo promedio mensual, en el caso de las contributivas, era de 6,602 pesos (hombres) y de 1,275 pesos las no contributivas (BID, 2019). En cuanto a los jóvenes, se calcula que solo el 24% tendrá pensión ya que la mayoría no alcanzará a cotizar lo suficiente. Pensemos, además, que en 2018 únicamente 43% de la población económicamente activa se encontraba en el sector formal, por tanto, con acceso a prestaciones sociales (pensión y servicio de salud).

En el campo laboral la situación no es mejor. En 2018, un trabajador moría en México cada seis horas por accidente laboral. Había 61.5 accidentes de trabajo y trayecto, por hora; cada tres horas una persona quedaba en situación de invalidez permanente (véase la tabla 3); y cada 14 minutos otra quedaba incapacitada permanentemente (105 diarias). Esos accidentes están ligados a la falta de medidas de seguridad y a la presión y estrés laboral que enfrentan las personas en su trabajo. Para el periodo 1994-2017, murieron 26,099 personas, mientras las incapacidades crecieron 101.47% entre 2001 y 2018 (IMSS, 2006; STPS, 2011 y 2018). Rodolfo Nava estima que “en el IMSS hay un subregistro del 40% de accidentes y del 90% en enfermedades” (El País, 20 abril 2017).

Tabla 3. Accidentes y defunciones laborales, 2018

	Anual	Diarios	Por hora
Defunciones	1.381	4	1 / cada seis horas
Accidentes de trabajo	398.74	1092	45.5/hora
Accidentes de trayecto	141.088	306	16/hora
Incapacidad permanente	38.209	105	1/cada catorce minutos
Enfermedades de trabajo	15.182	42	1.75/ hora
Invalidez	28.02	77	3/hora

Fuente: Elaboración a partir de Memoria Estadística, IMSS (2019).

En este país, que ha tenido varias veces la primera posición mundial en cantidad de horas trabajadas por persona, ni siquiera sabemos cuántas personas mueren como resultado directo de estrés laboral. Dicha situación, asociada a la prescindibilidad de un cuerpo-sujeto, comenzó a ser registrada tan solo hace unos años en Japón. El IMSS reconoce que 75% de los trabajadores mexicanos sufre fatiga por estrés laboral, superando a China y Estados Unidos. Estos datos, al igual que los de ingreso y salud en general, corresponden al trabajo formal pero la mayoría de la Población Económicamente Activa (PEA) trabaja en la llamada economía informal (56%, de acuerdo con el INEGI) y, por tanto, su situación es invisibilizada.

En relación con la mortalidad, encontramos que por desnutrición y otras deficiencias fue de 174.849 personas entre 1998 y 2018 (véase la tabla 5). Aunque se redujo de forma importante en ese periodo, es necesario reflexionar sobre las vidas contenidas en esa cifra, en especial porque sus muertes eran fácilmente evitables. Hay que señalar que, además, la desnutrición, al igual que la obesidad (otra manifestación de la malnutrición), condena a las personas a la discapacidad y a la mortalidad temprana, como señala el Instituto Nacional de Salud Pública (INSP) (2018). México tiene una de las tasas más altas del mundo de sobrepeso y obesidad: 75.2% de la población de 20 años y más; y el problema se extiende a los jóvenes (38.4% de entre 12 y 19 años) y niños (35.6% de entre 5 y 11 años). Muchas de esas personas acaban engrosando las tasas de mortalidad de las enfermedades crónicas y el componente de clase aparece nuevamente:

Estudios sobre el costo de las dietas modernas muestran que aquellas con alimentos más saludables cuestan más en comparación con las dietas menos saludables... los alimentos altos en densidad energética, altos en grasa y dulces cuestan menos por caloría en comparación con leche, lácteos, carnes, vegetales y frutas (Rivera *et al.*, 2018, p.74).

Es necesario problematizar estos datos con relación a el cambio del patrón alimentario y los intereses de las industrias refresquera, de alimentos azucarados y procesados.

En cuanto a la mortalidad infantil, si bien el número de defunciones de los menores de cinco años ha descendido de forma importante, en particular en menores de un año (véase la tabla 4), como señala el

Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF), “en la primera infancia, más de la mitad de las muertes de niños mayores de uno y menores de cinco años se deben a enfermedades controlables mediante intervenciones simples y asequibles” (INEGI, 2019, p. 4), y a si tienen o no acceso al sistema de salud, atención durante el embarazo y la primera infancia, recursos económicos básicos y cuidados por parte de los adultos a cargo. Además, la principal causa de muerte entre las niñas y niños de uno a cuatro años son los accidentes, lo que da cuenta de la situación de sus hogares y de sus cuidadores. El total de niñas y niños menores de cinco años que fallecieron entre 1990 y 2018 fue de 1,284,285. ¿Cuántos podrían estar vivos si las condiciones del sistema de salud y de su medio social hubieran sido otras?

La mortalidad infantil también es mayor en los estados y municipios con mayores niveles de pobreza; 60% de la mortalidad infantil se concentra en el 50% más pobre de la población, de acuerdo con el ONIS (2019). Mientras el promedio nacional de mortalidad en menores de cinco años es de 2.82, en los municipios más pobres asciende a 3.60.

En el caso de los menores de un año, la media nacional de 17.1 defunciones por cada 1000 nacidos vivos, se dispara a 34.4 en los municipios más pobres, alcanzando a 37.2 en los municipios rurales con extrema pobreza.

La situación es similar en la mortalidad materna. Para el periodo 1990-2015, murieron 38,484 mujeres. El promedio nacional de 43.3 mujeres que mueren por cada 100,000 nacidos vivos, llega a 63.1 en los municipios más pobres del país y en los rurales más pobres es de 88.4 (ONIS, 2019). Igualmente, muertes evitables con atención médica adecuada durante el embarazo, el parto y post-parto.

Hoy la principal causa de muerte en el país son las enfermedades crónicas no transmisibles. Su magnitud e incidencia (véase la tabla 5) no pueden explicarse al margen del campo social de condiciones: estrés laboral, malnutrición, inhalación de químicos en los lugares de trabajo, así como la comida procesada, sin restricción, y que llevó a México a ser el primer consumidor de refresco del mundo. Esos datos están relacionados con décadas de políticas neoliberales aunque no sepamos en qué proporción, lo que es parte de la invisibilización, puesto que no se estudia el impacto global de dichas políticas y su afectación. Uno de cada dos pacientes con infarto agudo no recibió ningún tipo de terapia de reperusión y uno de cada cuatro falleció (ONIS, 2019).

Tabla 4. Mortalidad infantil

	Menores de 1 año	1 a 4 años	Total
1990	65.497	20.138	85.635
1991	57.091	13.400	70.491
1992	52.502	11.054	63.556
1993	49.631	11.534	61.165
1994	49.305	10.667	59.972
1995	48.023	10.680	58.703
1996	45.707	10.375	56.082
1997	44,377	9.371	53.748
1998	42.183	8.541	50.724
1999	40.283	7.774	48.057
2000	38.621	6.963	45.584
2001	35.911	6.620	42.531
2002	36.567	6.831	43.398
2003	33.355	6.700	40.055
2004	32.764	6.608	39.372
2005	32.603	6.469	39.072
2006	30.899	6.093	36.992
2007	30.425	6.068	36.493
2008	29.537	5.739	35.276
2009	28.988	5.992	34.980
2010	28.865	5.651	34.516
2011	29.050	5.682	34.732
2012	28.956	5.346	34.302
2013	27.817	5.348	33.165
2014	26.399	5.129	31.528
2015	26.057	5.028	31.085
2016	24.730	5.082	29.812
2017	25.456	4.912	30.368
2018	23.451	4.605	28.056
	1,065,050	219.795	1,284,845

Fuente: Elaboración propia a partir de Estadísticas vitales: mortalidad (INEGI)

Tabla 5. Principales causas de mortalidad

	Enfermedades del corazón	Diabetes	Enfermedades cerebrovasculares	EPOC	Desnutrición y otras deficiencias	Enfermedades infecciosas intestinales	Insuficiencia renal
1998	68.677	41.832	25.050	10.354	10.492	6.668	7.944
1999	69.278	45.632	25.836	11.319	9.776	5.622	7.807
2000	68.716	46.614	25.432	10.954	8.912	5.216	8.598
2001	70.510	49.954	25.731	11.086	8.655	4.902	9.298
2002	74.325	54.925	26.583	12.016	8.918	4.687	8.905
2003	77.644	59.192	26.892	13.123	9.089	4.570	9.363
2004	77.445	62.243	27.002	13.989	8.368	4.181	9.691
2005	81.242	67.159	27.398	15.465	8.480	4.266	10.250
2006	81.252	68.421	27.376	14.719	7.994	3.941	10.580
2007	87.185	70.517	29.277	15.430	8.765	2.739	10.466
2008	92.679	75.637	30.246	16.540	8.354	3.574	11.202
2009	97.174	77.699	30.943	17.727	8.357	3.325	11.764
2010	105.144	82.964	32.306	19.468	8.699	3.202	11.950
2011	105.710	80.788	31.235	18.487	7.977	3.379	11.920
2012	109.309	85.055	31.905	18.532	7.730	4.972	11.955
2013	166.375	89.469	32.762	20.490	8.333	3.449	12.073
2014	121.427	94.029	33.166	19.715	7.300	3.449	12.788
2015	128.731	98.521	34.106	21.057	7.076	3.754	13.300
2016	136.342	105.572	34.782	23.271	7.388	3.908	13.132
2017	141.619	106.525	35.248	22.954	7.163	3.621	13.157
2018	149.368	101.257	35.301	13.845	7.023	3.477	13.845
1998-2018	2,110,152	1,564,005	628,577	340,541	174,849	86,902	229,988

Fuente: Elaboración propia a partir de INEGI. Principales causas de mortalidad (1990-2018)

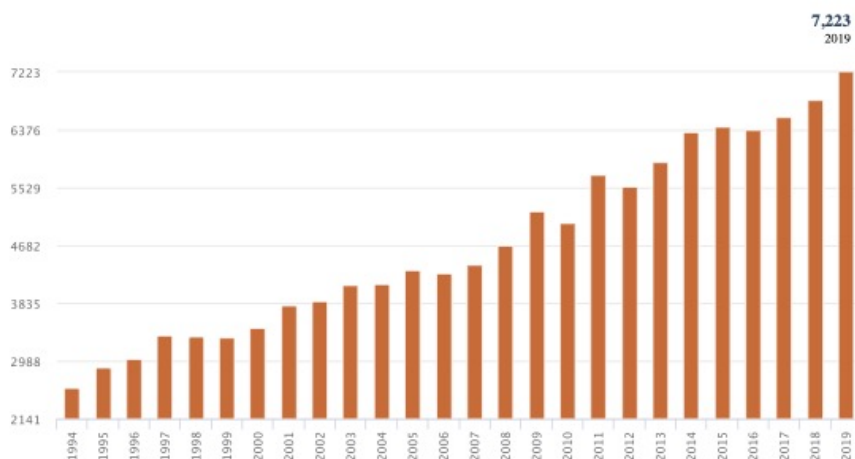
A su vez, la incidencia de diabetes es casi dos veces mayor en los municipios urbanos pobres y quienes padecen la enfermedad mueren ocho años antes, en comparación con los municipios más ricos. Los más pobres también sufren más secuelas, con el consiguiente deterioro en la calidad de vida, precarización o pérdida del trabajo, y reducción del ingreso familiar; solo en 2018 hubo 70,000 amputaciones. La destrucción del sistema de salud pública, a lo largo del ciclo neoliberal, es otra característica del periodo determinante para reflexionar sobre estos datos. El gasto público en salud de México fue uno de los gastos más bajos de América Latina, en niveles similares a Guatemala, Honduras, El Salvador, y República Dominicana e, incluso, en 2018, por debajo de ellos (CEPAL, 2018).

Por último, los padecimientos mentales presentan un crecimiento exponencial y son un síntoma de lo que varios autores denominan el estado del malestar en la sociedad neoliberal (Guinsberg, 2002). La depresión es ya la primera causa de incapacidad entre las mujeres; 67% de los miembros de la familia de 12 años, y más, dicen haberse sentido deprimidos y uno de cada cuatro jóvenes está en riesgo de padecerla. A estos datos habría que agregar otras manifestaciones del sufrimiento emocional (ansiedad, entre otras.). Como señalan Morales *et al.* (2021), las condiciones sociales como pobreza, desempleo y estrés están directamente asociadas al sufrimiento y depresión y no pueden explicarse simplemente desde la experiencia individual de la persona, menos aún cuando alcanzan esta dimensión.

La tasa de suicidios ha alcanzado un máximo histórico y se sitúa en 7.1 por cada 100,000 habitantes, en el caso de los hombres (Informe de salud de los mexicanos, 2015; Primer informe sobre desigualdad en salud en México, 2019). El total de muertes, entre 1994 y 2019, asciende a 122,712 y es la tercera causa de muerte entre los jóvenes, tras los accidentes y la violencia (véase la gráfica 5); el suicidio se ha convertido en un importante problema social.

Esta es la estela de muerte, enfermedad y sufrimiento, tras cuarenta años de políticas neoliberales, que es necesario visibilizar ante la naturalización de la violencia en la sociedad neoliberal; una catástrofe social que no puede ser explicada desde el infortunio o la biología, como hacen las teorías individualistas, porque es un acto de crueldad y de banalización del sufrimiento.

Gráfica 5. Suicidios 1994-2019



Fuente: INEGI, Mortalidad.

La banalización de la(s) violencia(s) y su legitimación

La magnitud de las cifras presentadas y la crueldad a la que aluden, rebasan los conceptos de violencia estructural, social, económica, psicológica. Si la violencia es una construcción social y un ejercicio de fuerza, no necesariamente física, en el marco de una relación de poder desigual, dichos datos adquieren sentido y significado en el campo social neoliberal, caracterizado por el despojo de los territorios y de los cuerpos, donde se prioriza la concentración de poder y riqueza en detrimento de los costos sociales asociados a la exclusión y a la pauperización de las grandes mayorías.

En México, los altos niveles de exposición a la violencia en sus distintas formas y durante décadas, así como el escalamiento de la violencia armada, que adquirió manifestaciones inusitadas (desmembramientos, fosas comunes, ajusticiamientos públicos, etcétera), conforman el campo de condiciones para que el sufrimiento y el despojo social se perciban comparativamente en una escala más leve, alimentando la normalización de la violencia social y económica. En las prácticas institucionales de la sociedad neoliberal se recurre a la amenaza, al rumor y la intimidación como mecanismos de doblegamiento, de forma similar a lo que sucede con la violencia armada: el miedo a perder el trabajo, la vivienda, el desamparo ante la enfermedad o la vejez. Es lo que Blair (2009) llama

una “violencia más profunda” que, incluso, afecta la subjetividad y el marco cognitivo desde el que interpretamos y reconocemos nuestra realidad. No nos puede sorprender cuando vemos la magnitud que arrojan los datos sobre pauperización, pérdida de poder adquisitivo, inseguridad alimentaria, desmantelamiento del sistema de salud, mortalidad infantil. También, las muertes por enfermedades crónicas, vinculadas, como decíamos, a los cambios en los patrones alimentarios, en unos casos; al exceso de trabajo, en otros, y en todos a la desinversión en el sistema de salud del que quedaron excluidos la mayoría de esa población pauperizada y trabajadora, de manera que la prevención y la atención primaria condujo a la cronificación de las enfermedades, que pasó a ser no solo inoperante sino riesgoso por su mala calidad.

La sociedad neoliberal se cimentó, desde sus inicios, con grandes dosis de dolor y sufrimiento social, en un ejercicio de violencia sin contención, que condenó a miles; una violencia proporcional a la concentración de riqueza y poder que gestó. La destrucción del Estado social, las reformas legales y las políticas de ajuste fueron violencia institucional de “amplio espectro”, violencia multidimensional y sistémica reflejada en cada uno de los indicadores que presentamos en el diagnóstico previo. La repetición constante y sistemática de estas prácticas, a través de cuatro décadas, facilitó la normalización del sufrimiento, alimentada por la manipulación y confusión desde medios de comunicación oficiales y redes sociales. Sin duda, “la extrema crueldad se inscribe así en un contexto de extrema desigualdad” (Blair, 2001, p. 9), dejando al sujeto inerme y expuesto frente al poder sin contención. Las cifras que hemos presentado revelan la degradación del cuerpo y la prescindibilidad de la vida. Lejos de su aparente irracionalidad, en el caos de violencia subyace una racionalidad organizada (Blair, 2001; Kleinman *et al.*, 1997) que garantiza la concentración de riqueza y poder en manos de una minoría. En este sentido, las políticas neoliberales son de administración y gestión del sufrimiento a través de las cuales se reproduce el orden dominante. Como señala Das (1997), “las instituciones sociales están profundamente implicadas en dos modos opuestos: por un lado, el de la producción del sufrimiento y, por otro, el de la creación de una comunidad moral capaz de lidiar con él” (p. 437); es decir, moldean la visión del mundo y las prácticas sociales desde las que se legitima el propio ejercicio de violencia.

Las tramas de la violencia neoliberal se develan desde un análisis de los actores implicados, sus intereses e intencionalidades y sus efectos.

El diagnóstico responde por sí mismo varias de las cuestiones clave: quiénes concentran riqueza y poder, quiénes son expoliados, quiénes toman las decisiones políticas, sobre quiénes recae la fuerza institucional, a quiénes estigmatizan los medios y el discurso dominante. Desde el poder se construye la narrativa del sacrificio de los excluidos —“un daño menor en aras de un mayor bienestar futuro”, dirán Kleinmann *et al.* (1997)— así como las respuestas socialmente aceptables ante el sufrimiento. Serán admisibles las respuestas adaptativas que no confrontan el orden, las que se viven en silencio y aislamiento, las que no intervienen los espacios públicos y mantienen en la invisibilidad a los sujetos de dolor. En este contexto, la medicalización del dolor físico y mental será una respuesta normalizada, pero cuando éste se desborda surge el suicidio, como vimos en los datos relativos a los padecimientos mentales y en el crecimiento exponencial de las tasas de suicidio, de la que los jóvenes son las principales víctimas. Sin embargo, las resistencias confrontativas son criminalizadas una y otra vez; se criminaliza la pobreza y la protesta. Esas grandes mayorías, como señala Gans (1995), son estigmatizadas y se les hace responsables de su condición en el marco de las teorías individualistas de la acción racional, donde se elimina el campo social de condiciones en el que los datos presentados adquieren sentido. El Estado de seguridad descargará sobre ellas el peso de la legislación reformada y de las instituciones de seguridad (Rodríguez-Rejas, 2021).

En ese sentido, las múltiples formas de violencia y crueldad, que aparentemente son inútiles en su propio exceso, tienen una función altamente eficiente de modelación y gestión social. El sufrimiento transforma la subjetividad individual y el conjunto de las relaciones sociales (Renault, 2006) y opera la refundación social del sujeto, centrada en el doblegamiento. Entre aquellos que forman parte de la sociedad favorecida, la competitividad y la meritocracia justifican la exclusión del “otro”; mientras, el emprendimiento como ideología del “sí se puede” genera falsas expectativas que maquillan la informalidad y el trabajo precario. La mayoría queda fuera del reparto sintiéndose incapaces o tocados por el infortunio, auto-culpándose por no haber accedido a una realidad que, señala Gans (1995), les estaba cancelada de antemano. Al respecto, Han (2012) afirma que en esta sociedad del cansancio, a los explotados el neolenguaje les impone la etiqueta de fracasados.

La refundación del sujeto social se erige sobre la demolición del sentir, pensar y hacer previo; hay que dejar de ser, para ser otra persona. La empatía como condición básica del reconocimiento del “otro”,

la solidaridad y la ética, se diluyen en la sociedad del rendimiento. Las condiciones de vida inhumanas que imponen los actores del poder —los victimarios—, destruyen no solo a las víctimas directas, como hemos presentado en los datos, sino a los espectadores y potenciales víctimas (sus familias, amigos, vecinos, ciudadanos). Mirar, escuchar, sentir la necesidad propia o del otro, enfrenta a la persona ante un doloroso proceso que activa los mecanismos de adaptación para la supervivencia; unos mirarán hacia otro lado, otros se perderán en su mundo de vida privada, otros no podrán resistirlo y se quebrarán psicológicamente. Y esto sucede tanto con el problema de la violencia armada, que arroja unos datos escandalosos, como con los demás impactos asociados a la violencia multidimensional (pérdida del trabajo, del poder adquisitivo, de la vivienda, de una vejez digna con gastos cubiertos, etcétera). Los que demolieron el Estado social, los corruptos, narcopolíticos, violadores de derechos humanos, que además hicieron ostentación pública de su poder y excesos, se mantienen impunes, en su mayoría; la crueldad exhibida como espectáculo (Blair, 2001), que tiene profundas implicaciones psicosociales y es una herramienta del doblegamiento. La banalización del sufrimiento y la crueldad, siguiendo a Arendt (2003), encubren el asedio al que es sometida la mayoría excluida; se manifiesta como indiferencia social y cumple un papel fundamental en la legitimación de la violencia de amplio espectro del orden social neoliberal.

El neoliberalismo como capitalismo de guerra

Si bien la naturaleza del capitalismo siempre ha sido violenta, es importante destacar la especificidad de la violencia en el capitalismo neoliberal: su magnitud, escala y las estrategias que emplea. Este proyecto de reestructuración social, centrado en el despojo y saqueo (Harvey, 2005) nació siendo profundamente violento y se ha (re)producido a través de una cultura que legitima el saqueo, invisibiliza los costos humanos y naturaliza la crueldad. Esa es la racionalidad del campo social del que emana posteriormente la violencia armada. Hemos presentado el diagnóstico de las dimensiones no armadas de la violencia porque consideramos que son imprescindibles para comprender, en su totalidad y complejidad, el problema de las violencias múltiples construidas a lo largo del ciclo neoliberal, y cuyos impactos presentamos al inicio de este trabajo.

Consideramos que la naturaleza del capitalismo neoliberal de nuestros días responde a una situación de guerra donde los costos humanos

que desencadena, presentados en el diagnóstico, pueden ser problematizados como capitalismo de guerra, tanto por su magnitud como por su intensidad, y la multidimensionalidad violencia que ejerce. El neoliberalismo, entendido como capitalismo de guerra, implica: a) un proceso de concentración de la riqueza, a escala planetaria y nacional, sin parangón, que necesariamente requirió del despojo de las arcas públicas, de los territorios y del despojo del territorio-cuerpo, incorporando, en su lógica, la prescindibilidad de la vida, y dejando un rastro de desolación y muerte, a través del proceso de pauperización; b) genera impactos vitales y costos humanos de magnitud e intensidad propios de un conflicto armado, solo hay que revisar los datos sobre enfermedades crónicas, mortalidad infantil, accidentes y muertes laborales, suicidios, inseguridad alimentaria y padecimientos mentales; c) en el capitalismo neoliberal, la violencia de amplio espectro —armada, económica, social, cultural, psicológica— se impone de acuerdo con la relación de poder y fuerza, sin contención como sucede en una guerra; muestra de ello es que cada una de las medidas conducidas al desmantelamiento del Estado social y dejar a la población inerte, han sido legales en un marco que, además, ha intentado legitimar el proceso y producir consenso político desde la estigmatización y criminalización de los excluidos, más aún, los que protestan; d) la crueldad, característica de una situación de guerra, en tanto exceso de violencia no necesaria, se instala como práctica sistemática e institucionalizada —políticas de ajuste, destrucción de las instituciones de salud, de distribución, flexibilización laboral, reforma educativa, de pensiones, etcétera— cuyas prácticas conforman una cultura de guerra; e) el despojo y la crueldad se legalizan en nombre de la seguridad del ciudadano y el crecimiento económico; f) la normalización y banalización de la violencia y el sufrimiento modelan la subjetividad desde el doblegamiento, llegando al mundo más íntimo de la vida cotidiana, a partir de las nuevas posibilidades tecnológicas; g) el miedo y la amenaza actúan como mecanismo de doblegamiento y cesión de espacios de autonomía, a cambio de seguridad; una sociedad que teme a las personas empobrecidas y las hace responsables de todos los males de la economía y de la convivencia social; h) la violencia armada es la punta del iceberg, antecedida siempre por la violencia socioeconómica, cultural y psicológica, que se han normalizado a través de cuatro décadas de refundación neoliberal; i) la lógica que subyace al aparente caos social, responde a los intereses de la minoría dominante que concentra riqueza y poder, y que legitiman la violencia sistémica; j) esa polarización social

deriva en una guerra de clases que focaliza en los pobres la condición de (potencial) enemigo, sostenida en una ideología del no merecimiento y en la securitización de la sociedad (Gans, 1995).

En relación con los datos que presentamos en el diagnóstico, la magnitud de la violencia y las condiciones de vida que revelan, se acercan más a una situación de guerra que a la violencia en su acepción convencional como violencia estructural (Galtung, 1969). No se trata de un estado de guerra o una guerra en sentido convencional, sino de prácticas sociales y culturales donde el ejercicio de poder no tiene contención al ser eliminadas las mediaciones y reemplazadas por violencia de amplio espectro, que genera costos humanos importantes sin necesidad de actores armados.

Instituciones especializadas en la guerra —Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR), El Instituto Internacional de Estocolmo de Investigación para la Paz (SIPRI), Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR), Organización de las Naciones Unidas (ONU)—, caracterizan la violencia de guerra como un gran conflicto en el caso de más de 10,000 muertes, entre 1000 y 9999 un conflicto de alta intensidad, y entre 25 y 999 decesos de baja intensidad. En el caso de México, tanto las cifras de la violencia armada como no armada rebasan con creces esos parámetros. Por su magnitud, podemos hablar de situación de guerra si consideramos la intensidad y múltiples dimensiones en las que se expresa, propias de la violencia de amplio espectro a la que hacen referencia las nuevas concepciones de la guerra, en las que incluye acciones de violencia extrema sin actores armados, ni declaraciones formales. La crueldad e impunidad se erigen en valores dominantes, como expresión del poder desbordado.

En una situación de guerra, el cuerpo-mente se convierte en objeto de dolor; es un objetivo a combatir pero, sobre todo, a doblegar como sucede en la sociedad neoliberal (Han, 2014). Encima del cuerpo recaen las distintas formas de violencia y sus excesos, legitimados a través de las reformas neoliberales, y normalizados a partir de una guerra cultural cuyo objetivo es control social con aceptación. Como plantea Deleuze (2006), hemos pasado de la sociedad disciplinaria a la sociedad de control, que opera a través del endeudamiento, el consumo mediático y los psicofármacos; donde nada se concluye y todo es permanente hasta la extenuación (p.e. el trabajo, como señalábamos en el diagnóstico): "No-poder-poder-más conduce a un destructivo reproche de sí mismo y a la autoagresión. El sujeto de rendimiento se encuentra en guerra consigo

mismo y el depresivo es el inválido de esta guerra interiorizada” (Han, 2012, p. 31). Se impone la violencia neuronal, trastornos de hiperactividad, fatiga profesional, depresión y ansiedad, de los que ya apuntábamos datos; una violencia sistémica que penetra también la vida cotidiana y que es banalizada. Un proceso de saqueo físico y asedio emocional sobre el cuerpo hambreado, cansado, desnutrido, deprimido y enfermo. La neurosis será la condición psicológica por antonomasia de la sociedad neoliberal (Guinsberg, 2002).

Por tanto, una situación de guerra no requiere declaratorias formales ni violencia armada; es un exceso de violencia y poder, permitidos e institucionalizados, con intencionalidad y objetivos, como sucede en la guerra; es violencia sistemática, la cual conforma una cultura que coloca en el centro las prácticas violentas, la lógica de asedio, el lenguaje y los símbolos de la guerra y la prescindibilidad de la vida. El neoliberalismo responde a esta lógica, ha sido una gran fiesta de la crueldad y de la violencia convertida en política de Estado. Por ello, considerando los costos humanos y la lógica con que opera la violencia, como la que hemos presentado en el caso de México, podemos hablar de situación de guerra más allá de la violencia armada.

Es necesario aclarar que cuando usamos el término guerra, en la categoría “capitalismo de guerra”, no nos referimos a la concepción tradicional de la guerra que asociamos con la guerra armada entre actores estatales. Si bien esta forma sigue presente en nuestra realidad, los teóricos de las nuevas formas de guerra —Creveld (1991), Lind (2004) y Kilcullen (2006)—, plantean que la guerra actual no requiere de actores armados ni declaratorias formales, involucra a actores estatales y no estatales, y su éxito descansa en una estrategia ideológico-cultural cuyo objetivo es el doblegamiento y control con aceptación de la población. La fase armada es la última, la punta del *iceberg*, a la que antecedieron las otras formas, la guerra económica, jurídica, mediática, psicológica, social y cultural (Castro, 2006; Franco, 2009), como sucede en la refundación neoliberal; esas formas de violencia de guerra que son invisibilizadas y sobre las que no hay registro, ni recuento de costos humanos, ni regulación legal, al igual que hemos planteado en el diagnóstico. Las nuevas guerras son guerras de cuarta generación (Lind *et al.*, 1989); operan como dominio de espectro completo e incorporan la noción del enemigo interno y difuso al que se busca aislar de sus apoyos sociales, anticipándose preventivamente a sus acciones.

Las nuevas amenazas del siglo XXI, definidas por el pensamiento neoconservador (desigualdad, deuda, desindustrialización, drogas, desestabilización, “democracias populistas”) (Rodríguez-Rejas, 2017), en gran medida están asociadas a población en situación de exclusión y se explican desde la criminalización de la pobreza y desigualdad, llevada al paroxismo en la sociedad neoliberal. La naturaleza del conflicto pasará a tener un componente de clase, como plantea Lind (2004), de manera que, en tanto la amenaza es fundamentalmente interna, la legitimación de las medidas punitivas para garantizar la seguridad estarán centradas en el enemigo interno. La criminalización de la pobreza y la protesta en la sociedad neoliberal forman parte del campo social de condiciones en el que se producen estas políticas de seguridad, que pasarán a ser esenciales para la reproducción de la dominación en el capitalismo de guerra, ante el temor permanente de las potenciales respuestas a las violencias de amplio espectro y los costos humanos que generan.

Violencias invisibilizadas y retos conceptuales

Necesitamos visibilizar las diversas manifestaciones de la violencia, en el marco de la sociedad neoliberal, para comprender el problema desde una perspectiva integral. Consideramos que el concepto de capitalismo de guerra es una herramienta para abrir la mirada sobre fenómenos que están altamente normalizados y que, cuando los documentamos, su magnitud y dimensiones, nos colocan ante un escenario de violencia y amenaza para la vida brutal. Como señala Booth (2013), la inseguridad va más allá de la violencia armada y sus amenazas —sin que estemos minimizando la gravedad de esta en un país como México—, y depende, en gran medida, de las instituciones formales y legales que operan en el país donde vive el ciudadano, que de las amenazas vinculadas a la inseguridad pública o a la confrontación interestatal:

Las amenazas al bienestar de los individuos y los intereses de las naciones en todo el mundo se derivan principalmente no del ejército de un Estado vecino sino de otros desafíos, como derrumbes económicos, la opresión política, la escasez, la sobrepoblación, las rivalidades étnicas, la destrucción de la naturaleza, el terrorismo, el crimen y las enfermedades. En la mayoría de los casos mencionados, la gente se encuentra más amenazada por las políticas y las deficiencias de sus propios gobiernos que por las ambiciones napoleónicas de sus vecinos. Para incontables millones de perso-

nas en el mundo es su propio Estado y no el “enemigo” el que representa la amenaza de seguridad principal (p.106).

El problema no es menor porque las diversas violencias (económica, social y psicosocial) son un lastre que dejan las experiencias neoliberales y tienen que enfrentar quienes intentan generar procesos alternativos de transformación social y construcción de la paz, como hemos visto en los últimos años en México y en América Latina. (Re)conocer los impactos generados por la violencia de espectro completo del neoliberalismo es imprescindible, no sólo para la comprensión de la inseguridad sino también para pensar procesos de restitución de justicia y reparación, más allá de la violencia armada.

Referencias

- Angell, R. y Freedman, R. (1992). “El uso de documentos, registros, materiales censales e índice”, en Leon Festinger y Daniel Katz (Comps.). *Los métodos de investigación en las ciencias sociales*, pp.286-309. Barcelona: Paidós.
- Arendt, H. (2003). *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*. 4ª. Ed. Barcelona: Editorial Lumen.
- Bauman, Z. (2011). *Daños colaterales. Desigualdades sociales en la era global*. México: FCE.
- Bazzano, M. y Montera, C. (2016). “La utilización de datos secundarios en la investigación social”, en *Cuaderno de Cátedra*, 6. Buenos Aires: UBA.
- Blair, E. (2001). “El espectáculo del poder, el sufrimiento y la crueldad”, en *Controversia*, 178, pp.83-99. En:
<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/Colombia/cinep/20100922030137/elespectaculo.pdf>
- Blair, E. (2009). “Aproximación teórica al concepto de violencia: avatares de una definición”, en *Política y Cultura*, 32, pp.9-33. En:
<http://www.scielo.org.mx/pdf/polcul/n32/n32a2.pdf>
- Boltvinik, J. y Damián, A. (2016). “Pobreza creciente y estructuras sociales cada vez más desiguales en México. Una visión integrada y crítica”, en *Acta Sociológica*, 70, pp.271-296.

- Booth, K. (2013). "Seguridad y emancipación", en *Relaciones Internacionales*, 23, pp. 99-116.
- Bourdieu, P. (1998). "Neo-liberalism, the Utopia (Becoming a Reality) of Unlimited Exploitation", en *Acts of Resistance. Against the New Myths of Our Time*. United Kingdom: Polity Press.
- Castro, M. (2006). "La guerra: una experiencia sin fin", en *Revista Colombiana de Psicología*, 15, pp.131-135.
- Centro de Análisis Multidisciplinario (CAM). (2018). Reporte de Investigación, 127. México 2018: *Otra derrota social y política a las clases trabajadoras; los aumentos salariales que nacieron muertos*. Ciudad de México: CAM-UNAM. En:
https://cam.economia.unam.mx/1018-2/#_ftnref2
- CEPAL. (2018). *Observatorio social*. CEPAL. En:
www.observatoriosocial.cepal.org/inversion/es/indicador/gasto-salud
- CEPAL. (2019a). *Panorama social de América Latina 2019*. Santiago: CEPAL. En:
https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/44969/5/S1901133_es.pdf
- CEPAL. (2019b). *Panorama social de América Latina 2018*. Santiago: CEPAL. En:
https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/44395/11/S1900051_es.pdf
- CONEVAL. (2015). *Diagnóstico sobre alimentación y nutrición*. En:
https://www.coneval.org.mx/Evaluacion/ECNCH/Documents/Diagnostico_sobre_alimentacion_y_nutricion_270715.pdf
- CONEVAL. (2017). *Canastas alimentarias y no alimentarias, observadas y normativas*. En:
<https://www.coneval.org.mx/SalaPrensa/Documents/Canastas-alimentarias-y-no-alimentarias-observadas-y-normativas.pdf#search=canasta%20alimentaria%202017>
- CONEVAL. (2018). *Medición de pobreza 2008-2018*. En:
<https://www.coneval.org.mx/Medicion/MP/Paginas/Pobreza-2018.aspx>

- Creveld, M. (1991). *The transformation of war*. New York: The Free Press.
- Cury, S. y Arias, A. (2016). "Hacia una definición actual del concepto de «diagnóstico social». Breve revisión bibliográfica de su evolución", en *Cuadernos de Trabajo Social*, 23, pp.9-24.
- DOI: 10.14198/ALTERN2016.23.01. En: <https://rua.ua.es/server/api/core/bitstreams/df645b7f-b4a7-41a8-9f77-4e1c4215a172/content>
- Das, V. (1997). *Sufrimientos, teodiceas, prácticas disciplinarias y apropiaciones*. En:
<http://www.pain-initiative-un.org/doc-center/articulos%20y%20documentos/dolor%20e%20implicaciones%20sociales/Sufrimientos.doc>.
- Deleuze, G. (2006). "Post-scriptum sobre las sociedades de control", en *Polis. Revista Latinoamericana*, 5(13). En:
<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=30551320>
- ENSANUT. (2018). *Ciudad de México: INEGI-INS-Secretaría de Salud*. En:
https://ensanut.insp.mx/encuestas/ensanut2018/doctos/informes/ensanut_2018_presentacion_resultados.pdf
- Esquivel, G. (2015). *Desigualdad extrema en México. Concentración del poder económico y político*. Ciudad de México: Oxfam.
- Franco, V. (2009). *Orden contrainsurgente y dominación*. Bogotá: Instituto Popular de Capacitación.
- Galtung, J. (1969). "Violence, Peace, and Peace Research", en *Journal of Peace and Research*, 6(3), pp. 167-191.
- Gans, H. (1995). *The War Against the Poor*, New York: Basic Books.
- García, L. (2018). "La utilización de fuentes de datos secundarios", en Félix Requena Santos y Luis Ayuso Sánchez (Eds.) *Estrategias de investigación en las ciencias sociales*, pp. 139-172, Valencia: Tirant Lo Blanch.
- Guinsberg, E. (2002). *El malestar en la cultura en América Latina*. Tesis de doctorado en Estudios Latinoamericanos, México: UNAM.
- Han, B. (2012). *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder.

- Han, B. (2014). *Psicopolítica: neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*. Barcelona: Herder (Edición Kindle).
- Harvey, D. (2005). "El 'nuevo' imperialismo: acumulación por desposesión", en *Socialist Register*, 2004, pp.99-129. En:
<http://biblioteca.clacso.edu.ar>
- Harvey, D. (2007). *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal.
- IMSS. (2019). *Memoria Estadística 2018*. En:
www.imss.gob.mx/conoce-al-imss/memoria-estadistica-2018
- IMSS. (2006). *Evaluación de riesgos considerados en el Programa de Administración de Riesgos Institucionales*. En:
www.imss.gob.mx/sites/all/statics/pdf/estadisticas/PARI/parievaluacion2006.pdf
- INEGI. (2019). *Estadísticas a propósito del Día del Niño* (30 de abril). Datos nacionales. Ciudad de México: Comunicación social, INEGI. En:
https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/aproposito/2019/nino2019_Nal.pdf
- Informe de salud de los mexicanos (2015). *Ciudad de México: Subsecretaría de integración y Desarrollo del Sector Salud*. En:
www.dged.salud.gob.mx/contenidos/dedss/issm2015.html
- Kilcullen, D. (2006). *Three Pillars of Counterinsurgency*. Washington D.C.: US Government Counterinsurgency Conference.
- Kleinman, M., Das, V. y Lock, M. (Eds.) (1997). *Social Suffering*. Berkeley: University of California Press.
- Lind, W., Nightengale, K., Schmitt, J., Sutton, J., Wilson, G. (1989). "The Changing Face of War: Into the Fourth Generation", en *Marine Corps Gazette*, October, pp.22-26. En:
<http://lesc.net/system/files/4GW+Original+Article+1989.pdf>
- Lind, W. (2004). "Understanding Fourth Generation War", en *Military Review*, September-October, pp.12-16. En: <https://www.hsdl.org/?view&did=482203>

- Morales, S., López, A., Bosch, A., Beristain, A., Escobar, G., Robles, R. y López, F. (2021). "Condiciones Socioeconómicas y de Salud Mental durante la Pandemia por COVID-19", en *Revista Acta de Investigación Psicológica*, 11(2), mayo-agosto 2021 DOI: <https://doi.org/10.22201/fpsi.20074719e.2021.2.379> En: <https://www.scielo.org.mx/pdf/aip/v11n2/2007-4719-aip-11-02-5.pdf>
- Moreno-Brid, J., Garry, S. y Monroy-Gómez-Franco, L. (2014). "El salario mínimo en México", en *Economía UNAM*, 11(33), pp.78-93. En: <https://www.elsevier.es/es-revista-economia-unam-115-articulo-el-salario-minimo-mexico-S1665952X14721826>
- OIT. (2019). *Informe Mundial Sobre Salarios 2018/19. ¿Qué hay detrás de la brecha salarial de género?* Ginebra: OIT. En: https://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/---dgreports/---dcomm/---publ/documents/publication/wcms_712957.pdf
- ONIS. (2019). *Primer informe sobre desigualdades en salud en México*. Ciudad de México: Observatorio Nacional de Inequidades en Salud.
- Ornelas, A., Brain, M. y Tello, N. (2019). *Investigación para la construcción de diagnósticos sociales de trabajo social*. México: UNAM. En: https://www.researchgate.net/profile/Adriana_Ornelas4/publication/352052642_La_investigacion_para_la_construccion_de_diagnosticos_sociales_de_Trabajo_Social/links/60b6ddeca6fdcc476bde6df9/La-investigacion-para-la-construccion-de-diagnosticos-sociales-de-Trabajo-Social.pdf
- Primer informe sobre desigualdad en salud en México (2019). Ciudad de México: Secretaría de Salud.
- Renault, E. (2006). "El sufrimiento social. Entrevista a Emmanuel Renault", en *Espai en Blanc*. En: http://espaientblanc.net/?page_id=560
- Rivera, J.A., Colchero, M.A., Fuentes, M.L., González de Cosío, T., Aguilar, C.A., Hernández, G. y Barquera, S. (Editores) (2018). *La obesidad en México. Estado de la política pública y recomendaciones para su prevención y control*. Ciudad de México: Instituto Nacional de Salud Pública-UNAM-Academia Nacional de Medicina. En: insp.mx/avisos/4884-la-obesidad-mexico.html

- Rodríguez-Rejas, M.J. (2017). *La norteamericanización de la seguridad en América Latina*. México: Akal.
- Rodríguez-Rejas, M. J. (2021). "Capitalismo de guerra y Estado de seguridad. Lastres y desafíos", en *Estudios Latinoamericanos*, (47-48), pp.109-130. En:
<https://doi.org/10.22201/fcpys.24484946e.2021.47-48.83341>
- STPS. (2011). *Información sobre accidentes y enfermedades de trabajo nacional 2001-2010*. En:
<http://www.stps.gob.mx/bp/secciones/dgsst/estadisticas/nacional%202001-2010.pdf>
- STPS. (2018). *Información sobre accidentes y enfermedades de trabajo nacional 2005-2017*. En:
<http://www.autogestionsst.stps.gob.mx/Proyecto/Content/pdf/Estadisticas/Nacional.pdf>
- Therborn, G. (2015). *Los campos de exterminio de la desigualdad*. Buenos Aires: FCE.